

RESTRICCIÓN AL COMERCIO INTERNACIONAL Y DESOCUPACIÓN TECNOLÓGICA*

Frédéric Bastiat

I. La restricción al comercio

El señor Proteccionista¹ (no fui yo quien le dio este nombre, sino monsieur Charles Dupin) dedicó su tiempo y su capital a convertir en hierro el mineral existente en sus tierras. Como la naturaleza había sido más pródiga con los belgas, éstos vendían hierro a los franceses a mejor precio que el que podía ofrecerles el señor Proteccionista; esto significaba que todos los franceses, o Francia, podían obtener una cantidad dada de hierro *con menos trabajo* comprándoselo al buen pueblo de Flandes. En consecuencia, todos ellos sacaron ventaja de la situación impulsados por sus propios intereses, y cada día una muchedumbre de fabricantes de clavos, metalistas, carreteros, mecánicos, herreros y labradores iban a Bélgica a conseguir su provisión de hierro o enviaban a sus intermediarios. Esto no le gustaba nada al señor Proteccionista. Lo

* Tomado de Frédéric Bastiat, *Select Essays on Political Economy*, The Foundation for Economic Education, Irvington-on-Hudson, New York, 1975.

¹ En francés, "M. Prohibant": esta irónica forma de designar a un proteccionista, acuñada, como dice Bastiat, por Charles Dupin, podría traducirse aproximadamente por "el señor Limitador del Comercio" o "el señor Proteccionista". [Nota del traductor de la edición en inglés.]

primero que se le ocurrió fue poner fin a este abuso en forma directa, interviniendo personalmente. Por supuesto, era lo menos que podía hacer, ya que era el único perjudicado. Se dijo: "Tomaré mi carabina, me pondré cuatro pistolas en el cinturón, llenaré mi canana de cartuchos, ceñiré mi espada y, así equipado, iré a la frontera y mataré al primer metalista, fabricante de clavos, herrero, mecánico o cerrajero que vaya en busca de su propia conveniencia en lugar de procurar la mía. ¡Así les daré una lección!"

Antes de partir, el señor Proteccionista reflexionó sobre algunas cosas, de resultas de lo cual su ardor bélico se templó un tanto. Se dijo: "En primer lugar, es muy posible que los compradores de hierro, mis compatriotas y enemigos, se sientan agraviados y, en vez de dejarse matar, traten de matarme a mí. Además, aunque llevara conmigo a mis servidores, no podríamos vigilar toda la frontera. Y por último, todo esto me saldría demasiado caro en relación con el resultado que podría obtener". El señor Proteccionista estaba a punto de resignarse, muy a su pesar, a ser tan libre como cualquier otro cuando de súbito se le ocurrió una brillante idea.

Recordó que en París había una gran fábrica de leyes y se preguntó: "¿Qué es una ley? Es una medida que todos deben acatar una vez que ha sido promulgada, sea buena o mala. Para ponerla en ejecución se organiza una fuerza policial pública, constituida con el dinero de la nación e integrada por ciudadanos.

Por lo tanto, si yo pudiera lograr que en esa gran fábrica de París se dictara una ley que ordenase prohibir la entrada en el país de hierro proveniente de Bélgica, obtendría los siguientes resultados: no tendría que enviar a mis servidores a la frontera, dado que el gobierno los reemplazaría por veinte mil hombres, hijos de mis recalcitrantes metalistas, cerrajeros, fabricantes de clavos, herreros, artesanos, mecánicos y labradores. Después, para que esos veinte mil aduaneros conservasen su buen estado de ánimo y su salud, se distribuirían entre ellos veinticinco millones de francos tomados de los mismos herreros, fabricantes de clavos, artesanos y labradores. La protección, organizada de esta manera, sería mucho mejor, no me costaría nada y no me vería expuesto a la brutalidad de los comisionistas; vendería mi hierro al precio que yo mismo fijara y gozaría el dulce placer de ver a nuestro gran pueblo vergonzosamente burlado. Esto les enseñaría a ir proclamando por ahí que son los precursores y promotores de todo el progreso en Eu-

ropa. ¡Sería una jugada muy inteligente y bien vale la pena tomarse la molestia de intentarla!”

De modo que el señor Proteccionista fue a la fábrica de leyes. (Quizás en otra oportunidad contaré la historia de los manejos turbios y clandestinos que llevó a cabo allí; ahora sólo me referiré a los pasos que dio abiertamente y a la vista de todos.) Expuso a sus excelencias, los señores legisladores, la siguiente argumentación:

“El hierro belga se vende en Francia a diez francos, lo que me obliga a vender el mío al mismo precio. Yo preferiría venderlo a quince, pero no puedo a causa de ese maldito hierro belga. Promulguen una ley según la cual el hierro belga no pueda entrar en Francia e inmediatamente aumentaré mi precio en cinco francos, con los siguientes resultados: por cada cien kilogramos de hierro que venda, en vez de diez francos obtendré quince, me enriqueceré más rápidamente, ampliaré la explotación de mis minas y daré trabajo a más hombres. Tanto mis empleados como yo gastaremos más dinero, con lo cual nuestros proveedores en muchas millas a la redonda se beneficiarán. Como tendrán un mercado mayor, estos proveedores encargarán más productos a las industrias y gradualmente esta actividad se extenderá por todo el país. Estos providenciales cinco francos que ustedes depositan en mis arcas, tal como la piedra que se arroja a un lago, originarán un sinnúmero de círculos concéntricos que se propagarán a gran distancia en todas direcciones”.

Los fabricantes de leyes, fascinados por este discurso, encantados al darse cuenta de lo sencillo que es aumentar la riqueza de un pueblo únicamente mediante la legislación, votaron en favor de la restricción. “¿Qué es toda esa cháchara acerca del trabajo y el ahorro?”, dijeron. “¿Para qué recurrir a medios tan penosos para aumentar la riqueza nacional si se puede lograr lo mismo con un decreto?”

Y en realidad, la ley tuvo todas las consecuencias previstas por el señor Proteccionista, pero también tuvo otras; para hacerle justicia, es preciso reconocer que su razonamiento no había sido *falso*, sino *incompleto*. Al pedir un privilegio, había señalado *los efectos visibles*, dejando en la sombra *los que no se ven*. En la escena que describió había sólo dos actores, cuando en verdad los participantes son tres. Debemos reparar esta omisión, haya sido involuntaria o premeditada.

Es cierto que los cinco francos que la acción de los legisladores canalizaron hacia las arcas del señor Proteccionista constitu-

yen una ventaja para él y para los que consiguen trabajo gracias a esa medida, y si el decreto hubiese logrado hacerlos caer del cielo, esos beneficios no habrían sido contrabalanceados por ningún efecto negativo. Lamentablemente, no cayeron del cielo sino que salieron de los bolsillos de un metalista, un fabricante de clavos, un carretero, un herrero, un labrador, un constructor, en una palabra, de Juan Buenhombre, que ahora los paga sin recibir a cambio un miligramo más de hierro que cuando pagaba diez francos. Enseguida se hace evidente que esto cambia la situación, porque es obvio que la *ganancia* del señor Proteccionista es contrapesada por la *pérdida* de Juan Buenhombre, y cualquier cosa que aquél pueda hacer con esos cinco francos para fomentar la industria nacional, también podría haberla hecho este último. Si se arroja una piedra en un cierto punto del lago, es porque la ley ha prohibido que se la arroje en otro.

Por ende, *lo que no se ve* contrabalancea *lo que se ve*, y la operación en su totalidad constituye una injusticia, tanto peor por haber sido cometida al amparo de la ley.

Claro que esto no es todo. Ya he dicho que hay un tercer actor que siempre queda en la sombra. Voy a hacerlo aparecer aquí para que nos revele una *segunda pérdida* de cinco francos, con lo cual tendremos los resultados de la operación íntegra.

Juan Buenhombre tiene quince francos, que constituyen el fruto de su trabajo. (Volvamos a aquellos tiempos en los cuales todavía era libre.) ¿Qué hace con ellos? Compra un sombrero de señora que le cuesta diez francos, y es con este artículo con lo que paga por cien kilogramos de hierro belga (o lo hace por él un intermediario). Todavía le quedan cinco francos, que no arroja al río sino que (y esto es *lo que no se ve*) se los da a un fabricante cualquiera a cambio de algún bien, por ejemplo, a un editor en pago de un ejemplar del *Discurso sobre la historia universal*, de Bossuet.²

² Jacques Bénigne Bossuet (1627-1704), obispo de Condom y de Meaux, fue célebre en su tiempo por la excelencia de sus sermones; sus oraciones fúnebres en las exequias de algunos miembros de la familia real constituyen brillantes ejemplos del clásico estilo francés y del poderío de Francia. Como tutor del presunto heredero, el hijo de Luis XIV, escribió su *Histoire Universelle*, uno de los clásicos con los cuales los escolares franceses fueron educados durante generaciones. Su resuelta posición en contra del protestantismo y su eficaz liderazgo del movimiento galicano, que acrecentó la independencia de la Iglesia católica francesa, lo revelan como una importante figura eclesiástica y literaria. [Nota del traductor de la edición en inglés.]

Con esto ha dado lugar a un aumento de la *industria nacional* por valor de quince francos, a saber:

- 10 francos para el sombrerero parisiense.
- 5 francos para el editor.

Y Juan Buenhombre obtiene dos productos para satisfacer sus necesidades, es decir:

1. Cien kilogramos de hierro.
2. Un libro.

Veamos ahora el decreto.

¿Qué le ocurre a Juan Buenhombre? ¿Qué sucede con la industria nacional?

Cuando Juan Buenhombre le entrega sus quince francos, hasta el último céntimo, al señor Proteccionista no le queda nada excepto el uso de ese hierro. No puede disfrutar de un libro ni de cualquier otro bien equivalente. Pierde cinco francos. Lo cierto es, y no se puede dejar de reconocerlo, que cuando la restricción del consumo hace elevar los precios, el consumidor pierde la diferencia.

Sin embargo, se nos ha dicho que *la industria nacional* gana la diferencia.

No es así en absoluto, porque después del decreto el incremento es igual a lo que era antes, o sea, quince francos.

La única diferencia es que después del decreto los quince francos de Juan Buenhombre van a incrementar el desarrollo de la industria metalúrgica, mientras que antes se dividían entre la industria de sombreros femeninos y la de edición de libros.

La fuerza que el señor Proteccionista puede ejercer por sí mismo en la frontera y la que la ley ejerce en su lugar se pueden juzgar de manera bastante diferente desde el punto de vista moral. Hay quienes piensan que el pillaje deja de ser inmoral cuando se lo legaliza. En lo que a mí respecta, no puedo imaginar una situación más alarmante. Sea como fuere, una cosa es cierta, y es que los resultados económicos son los mismos.

La cuestión puede ser considerada desde muy diversos ángulos, pero si se la analiza desapasionadamente se verá que ningún bien puede resultar del pillaje, sea legal o ilegal. No niego que el señor

Proteccionista, o su industria o, si queremos, la industria nacional, obtendrán una ganancia de cinco francos. Pero afirmo que también se originan dos pérdidas: una de ellas la sufre Juan Buenhombre, que tiene que pagar quince francos por lo que antes le costaba diez; la otra, la industria nacional, que ya no recibe la diferencia. Digamos que una de estas pérdidas, sea la que fuere, puede quedar compensada por la ganancia cuya existencia hemos admitido; pero la otra constituye, ni más ni menos, una *pérdida muerta*.

Moraleja: Cuando se usa la fuerza no hay producción, sino destrucción. Si el uso de la fuerza hubiese sido productivo, Francia sería mucho más rica de lo que es.

II. Las máquinas

“¡Malditas sean las máquinas! ¡Cada año su poder va en aumento, condenando a la pobreza a millones de trabajadores, arrebatándoles sus empleos, y con ellos sus salarios, y con sus salarios, su pan! ¡Malditas sean!”

Éste es el clamor del prejuicio y la ignorancia, cuyo eco resuena en los periódicos.

Pero maldecir a las máquinas equivale a maldecir la mente humana. Me sorprende que haya alguien que pueda aceptar esta doctrina.

Si, en última instancia, fuera verdadera, ¿cuál sería su consecuencia estrictamente lógica? Que la actividad, el bienestar, la salud y la felicidad sólo estarían al alcance de las naciones estúpidas, mentalmente estáticas, a las que Dios no les ha concedido el desastroso don de pensar, observar, planificar, inventar, conseguir los mejores resultados con la menor dificultad posible. Por el contrario, para toda nación que tratara de obtener, y lo lograra, hierro, fuego, electricidad, magnetismo, que conociera las leyes de la química y la mecánica, en suma, que tratara de dominar las fuerzas de la naturaleza, sumando todo esto a sus propios recursos, el resultado inevitable serían harapos, casuchas miserables, pobreza y estancamiento. En verdad, parecería adecuado aplicar las palabras de Rousseau: “Cada hombre que piensa es un animal depravado”.

Pero esto no es todo. De ser verdadera esta doctrina, entonces, como todos los hombres piensan e inventan, como todos, del pri-

mero al último y en cada instante de su existencia, tratan de lograr que las fuerzas de la naturaleza cooperen con ellos, de hacer lo más posible con el menor esfuerzo, de reducir su propio trabajo manual y el de aquellos a quienes pagan, de obtener el mayor monto de satisfacción con la menor cantidad de trabajo, entonces, repito, debemos llegar a la conclusión de que toda la humanidad marcha hacia la decadencia, precisamente por esta inteligente aspiración al progreso que parece atormentar a cada uno de sus miembros.

Por lo tanto, las estadísticas deberían haber demostrado que los habitantes de Lancaster, huyendo de su país agobiado por la tiranía de las máquinas, deberían haber emigrado a Irlanda en busca de trabajo, porque allí las máquinas son desconocidas; y también que, históricamente, la sombra de la barbarie se cierne sobre los períodos de civilización, y que la civilización florece en las épocas de atraso e ignorancia.

Es obvio que en esta maraña de contradicciones hay algo que nos choca y nos advierte que en este problema se oculta un elemento esencial para su solución, que no ha sido suficientemente aclarado.

Todo el misterio consiste en una sola cosa: por detrás de *lo que se ve* está *lo que no se ve*. Trataré de arrojar algo de luz sobre esto. Es posible que mi demostración no sea sino una repetición de la anterior, puesto que el problema es el mismo.

Los hombres se sienten naturalmente inclinados, si no se les impide hacerlo por la fuerza, a buscar una *negociación* —es decir, a hacer algo que les procure una satisfacción equivalente ahorrándoles trabajo—, sea con un *productor extraño* apto o con un *productor mecánico* apto.

La objeción teórica que se plantea contra esta inclinación es la misma que en el caso anterior, a saber, que aparentemente produce una *escasez* de empleos. Pero su efecto no es ése, sino el de *liberar* trabajo humano para que se lo pueda aplicar a otros empleos.

Por eso, en la práctica, el obstáculo que se le opone es idéntico: la fuerza. El legislador *prohíbe* la competencia foránea y *veda* la competencia mecánica. ¿De qué otro modo se podría ahogar una inclinación natural en todos los hombres como no fuera quitándoles su libertad?

Cierto es que en muchos países los legisladores atacan sólo uno de esos tipos de competencia y se limitan a refunfunar con respecto

al otro. Lo único que esto prueba es que en esos países los legisladores son incoherentes. Esto no debería sorprendernos. Cuando una trayectoria es falsa siempre existe incoherencia; si no fuera así, la humanidad sería destruida. Nunca se ha visto y jamás se verá que un principio falso se lleve a la práctica por completo. En otra parte he dicho que el límite de la incoherencia es el absurdo; y podría agregar que también constituye su prueba.

Continuemos con nuestra demostración. No será demasiado extensa.

Juan Buenhombre tiene dos francos con los que paga a dos trabajadores.

Supongamos ahora que inventa un artefacto hecho con cuerdas y pesas, que reduce el trabajo a la mitad.

Por lo tanto, obtiene la misma satisfacción, ahorra un franco y despide a un obrero.

Despide a un obrero: *esto es lo que se ve.*

Y al ver sólo esto, la gente dice: “¡He aquí cómo la civilización trae consigo la miseria, cómo la libertad hiere de muerte a la igualdad! La mente humana ha hecho otra conquista, e inmediatamente otro trabajador ha caído para siempre en el abismo de la miseria. Es posible que Juan Buenhombre pueda seguir dando trabajo a los dos hombres, pero no podrá pagar más de diez centavos a cada uno, por lo cual competirán entre sí y ofrecerán sus servicios por un precio menor. Así es como los ricos adquieren cada vez más riquezas y los pobres se hacen cada vez más pobres. Es preciso cambiar la sociedad”.

¡Brillante conclusión, digna de la premisa inicial!

Afortunadamente, tanto la premisa como la conclusión son falsas, porque detrás de la mitad del fenómeno *que está a la vista* se encuentra la otra mitad, *la que no se ve.*

No se ve el franco que ahorra Juan Buenhombre ni los efectos necesarios que tiene ese ahorro. Porque como consecuencia de su invento, Juan Buenhombre paga ahora un solo franco por el trabajo manual destinado a satisfacer una necesidad determinada, y le sobra otro.

Entonces, si hay en algún lugar otro trabajador desocupado que ofrece sus servicios en el mercado, hay también un capitalista que ofrece su franco libre. Ambos elementos se encuentran y se combinan.

Resulta claro como el día que entre la oferta y la demanda de trabajo, entre la oferta y la demanda de salarios, la relación no ha cambiado en absoluto.

El invento y el trabajador, pagados con el primer franco, hacen ahora el trabajo que antes realizaban dos trabajadores.

El segundo trabajador, pagado con el segundo franco, desempeña una nueva tarea.

¿Qué es lo que ha cambiado en el mundo? Otra de las necesidades nacionales ha sido satisfecha; para decirlo de otro modo, el invento es una conquista gratuita, una ganancia gratuita para la humanidad.

A partir de la forma como hemos desarrollado esta demostración, se podría extraer la siguiente conclusión:

“El capitalista obtiene todas las ganancias que se derivan de la invención de máquinas. En cuanto a la clase trabajadora, si bien el perjuicio que esto le causa es sólo temporario, nunca obtiene beneficios de ella, ya que, de acuerdo con lo que usted mismo dice, aquéllas *redistribuyen* parte de la industria nacional sin *disminuirla*, es cierto, pero también sin *aumentarla*”.

No podemos contestar aquí a todas esas objeciones. Lo que nos proponemos con este ensayo es combatir un prejuicio fruto de la ignorancia, muy peligroso y extremadamente difundido. Sería interesante demostrar que una nueva máquina, al permitir que un cierto número de trabajadores estén disponibles para desempeñar otras tareas, *necesariamente* hace que también esté disponible el dinero para pagarles. La combinación de ambos factores, los trabajadores y el dinero, producirá finalmente algo que era imposible producir antes de que se inventara la máquina; de esto se deduce que *el resultado final del invento es un aumento de las satisfacciones con la misma cantidad de trabajo*.

¿Quién recoge los beneficios de este conjunto de satisfacciones?

Por supuesto, en un primer momento es el capitalista, el inventor de la máquina, el que consigue una ganancia con su uso, y esto es la recompensa de su genio y su espíritu de empresa. En este caso, tal como hemos visto, puede realizar un ahorro en sus costos de producción, que, independientemente de cómo se lo gaste (y siempre se lo gasta), permitirá emplear a todos los trabajadores que hayan quedado desocupados por la invención de la máquina. Pero pronto la competencia lo obligará a rebajar su precio de venta en una cantidad equivalente a la de su ahorro.

Entonces, ya no será el inventor el que se beneficie con la máquina, sino el comprador del producto, el consumidor, el público, que incluye a los trabajadores; en una palabra, la humanidad.

Y lo que no se ve es que el ahorro, así conseguido para todos los consumidores, constituye un fondo del que salen los salarios, reemplazando lo que las máquinas han drenado.

Retomando el ejemplo anterior, Juan Buenhombre obtiene un producto gastando dos francos en salarios.

Gracias a su invento, el trabajo manual le cuesta ahora sólo un franco.

Siempre y cuando venda su producto al mismo precio, habrá un trabajador menos en la fabricación de este producto en especial: *esto es lo que se ve*; pero hay un trabajador más empleado gracias al franco que Juan Buenhombre ha ahorrado: *esto es lo que no se ve*.

Cuando, con el curso natural de los acontecimientos, Juan Buenhombre se ve reducido a rebajar en un franco el precio del producto, ya no puede realizar un ahorro; en consecuencia, ya no libera un franco para contribuir al empleo nacional con la fabricación de nuevos productos. Pero el que lo adquiere, la humanidad, toma su lugar. Quien compra el producto paga un franco menos, ahorra un franco, y necesariamente cede este ahorro al fondo destinado a salarios; esto es, nuevamente, *lo que no se ve*.

Se ha propuesto otra solución a este problema, una solución basada en los hechos.

Algunos han dicho: "La máquina reduce los gastos de producción y abarata el producto. La disminución del precio estimula un aumento del consumo, lo cual hace necesario un aumento de la producción y, por último, permite emplear a tantos trabajadores como antes del invento, o más". Apoyan este argumento en ejemplos tales como la imprenta, la hilandería, el periodismo, etcétera.

Esta demostración no es científica.

Esto podría llevar a la conclusión de que, si el consumo de un producto en especial permanece estacionario, o casi estacionario, la máquina será perjudicial para el empleo. No es así.

Supongamos el caso de un país en el cual todos los hombres usan sombrero. Si el precio de este artículo se puede rebajar a la mitad utilizando una máquina, de esto no se deduce *necesariamente* que se venderá el doble de sombreros.

¿Se podría decir, en tal caso, que una parte de la fuerza de trabajo nacional ha quedado desocupada? Con el razonamiento ignorante, sí. Con el mío, no, porque aunque en ese país nadie comprara un sombrero extra, el fondo para salarios permanecería intacto; la parte que no se empleara en la industria de sombreros se encontraría en ese fondo realizado por todos los consumidores y se destinaría a pagar salarios al total de la fuerza de trabajo que la máquina ha hecho innecesaria y a estimular un nuevo desarrollo de todas las industrias.

Y éste es, de hecho, el modo como suceden las cosas. He visto periódicos a ochenta francos; ahora se venden a cuarenta y ocho; los suscriptores tienen un ahorro de treinta y dos francos. No es seguro, por lo menos no es inevitable, que los treinta y dos francos se sigan utilizando en el periodismo; pero lo que sí es seguro, lo que sí es inevitable, es que si no toman este rumbo tomarán otro. Un franco se usará para comprar más periódicos, otro para adquirir más alimentos, un tercero se gastará en mejores ropas, un cuarto en muebles de mayor calidad.

De este modo, todas las industrias están interrelacionadas, forman una vasta red en la cual todas las líneas se comunican por canales secretos. Lo que se ahorra en uno beneficia a todos. Es importante comprender claramente que la economía jamás se realiza a expensas de los empleos y los salarios.